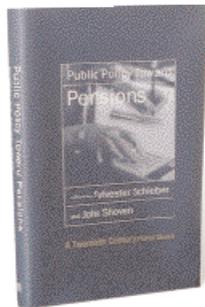


Lawrence Thompson

Older & Wiser

The Economics of Public Pensions

Urban Institute Press, Washington, 1998, 192 págs., US\$59,50 (tela), US\$23,95 (rústica).



Sylvester J. Schieber y John B. Shoven (compiladores)

Public Policy Toward Pensions

MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1998, xiii + 338 págs., US\$40 (tela).

ESTOS dos libros presentan enfoques interesantes y complementarios de la reforma de los sistemas de pensiones. El libro de Lawrence Thompson puede considerarse un texto básico —claro y sencillo— sobre la economía de los sistemas estatales de pensiones, en el cual se clarifican muchos conceptos erróneos con respecto a las ventajas y desventajas de los regímenes de reparto con prestaciones definidas (en los que se prevé que el ingreso corriente financiará las pensiones corrientes, siendo las prestaciones función del sueldo y del historial laboral), en comparación con los planes de plena capitalización, con aportes definidos (en los que las prestaciones no están definidas; al jubilarse, los participantes recuperan sus aportaciones más el rendimiento acumulado).

La colección de ensayos de Sylvester Schieber y John Shoven, en cambio, se centra en los problemas que plantea en Estados Unidos el envejecimiento de la población, en el contexto de las políticas que han afectado a los sistemas públicos y privados de pensiones durante los últimos 25 años. También se pasa revista a la política tributaria y los problemas reglamentarios que deben abordar los países que emprenden la reforma global del sistema de pensiones al dar forma a un sistema privado de ahorro para la jubilación.

Thompson presenta con claridad los aspectos micro y macroeconómicos de la reforma de los sistemas públicos de pensiones. Además, examina los efectos socioeconómicos de algunos sistemas públicos alternativos, analiza su dinámica fiscal, evalúa su eficacia en el suministro de una pensión adecuada en un mundo de incertidumbre, e identifica los diversos factores que determinan si un plan es viable en un contexto específico. Además de las consideraciones económicas, el autor hace notar que las condiciones sociales, culturales e institucionales inciden en la liquidez y viabilidad financiera de un sistema público de pensiones. Si bien observa que en algunos países las consideraciones políticas han tenido un efecto adverso sobre los regímenes de reparto con prestaciones definidas, Thompson indica que la dinámica de las operaciones del sector privado puede resultar igualmente adversa para los nuevos planes de plena capitalización con aportes definidos.

Thompson destaca varios aspectos importantes: 1) Si bien algunas de las críticas de los sistemas de reparto son válidas, otras no

tienen fundamento económico o son exageradas; en particular, hay pocos indicios de que la capitalización por sí sola incremente el nivel de ahorro de un país o reduzca el costo económico de una sociedad en proceso de envejecimiento; 2) en el contexto de una población que envejece, probablemente será necesario elevar la edad de jubilación y reducir las prestaciones; modificar la forma en que se financian las pensiones podría hacer variar la distribución de los costos pero no necesariamente su magnitud; 3) no se ha determinado aún el impacto de las contribuciones a la seguridad social o los impuestos sobre la competitividad internacional y la oferta de trabajo; sin embargo, no hay indicios de que el tipo de financiamiento hará variar la medida en que la oferta de trabajo se reduce o la evasión tributaria se ve alentada, y 4) se ha prestado poca atención a las deficiencias de los planes de plena capitalización con aportes definidos y especialmente a los mayores riesgos e incertidumbres vinculados a la corriente de ingresos durante la jubilación en el marco de estos planes, así como a los mayores costos administrativos que conlleva su administración.

En el libro de Schieber y Shoven se abordan principalmente los efectos micro y macroeconómicos de las actuales políticas sobre los planes de pensiones en Estados Unidos. Específicamente, se examinan los efectos del actual régimen fiscal de las pensiones sobre las tasas individuales y agregadas de ahorro nacional y sobre el prefinanciamiento de los planes con prestaciones definidas; los factores que afectan la decisión de los empleadores en cuanto a mantener un plan con prestaciones definidas o adoptar un plan con aportes definidos; el impacto de los planes 401 (k) (planes individuales de jubilación) sobre los hogares y la tasa acumulada de ahorro; los efectos de las actuales garantías gubernamentales para los beneficios de los sistemas privados de pensiones sobre los eventuales compromisos fiscales acumulados y las perspectivas de que los empleadores sigan participando en los planes con prestaciones definidas. Por último, se intenta determinar si los actuales planes de pensiones del sector público suponen demasiadas obligaciones sin financiamiento previsto para el sector público.

En otros capítulos se procura determinar si el actual marco de política para las pensiones en Estados Unidos es adecuado para satisfacer las necesidades de una población que envejece rápidamente. En uno de los capítulos

se evalúa el financiamiento de los planes de pensiones del sector privado. En otro se examinan las perspectivas de ingreso de la población nacida durante el período de explosión de la natalidad en Estados Unidos (*baby boom*) y los ajustes que serán necesarios para este grupo, ya sea en cuanto a una reducción de los salarios actuales o las futuras prestaciones.

Sin embargo, la principal conclusión del libro de Schieber y Shoven es que las políticas oficiales adoptadas desde que se aprobó la ley sobre seguridad de los ingresos de jubilación de los empleados (*Employee Retirement Income Security Act*), en 1974, se han orientado excesivamente a minimizar los efectos fiscales a corto plazo del régimen tributario para las pensiones. En consecuencia, los actuales planes de pensiones adolecen de graves problemas de

financiamiento, lo cual podría traducirse en una reducción del nivel de vida de los jubilados después del año 2010. Además, el mayor uso de los planes con aportes definidos, si bien es beneficioso en cierta medida, no ha incluido gran parte de la población activa, lo que podría aumentar la desigualdad dentro de la población jubilada. Los autores destacan la necesidad de que los códigos tributarios y reglamentarios proporcionen un incentivo para el aumento del ahorro en el largo plazo en vista del envejecimiento de la población. Las políticas tributarias deben ser reorientadas a fin de estimular un nivel adecuado de financiamiento de los planes de pensiones patrocinados por los empleadores y aumentar los incentivos para el ahorro de los hogares. Las políticas oficiales sobre seguros para los planes con prestaciones definidas también deberán ser

reformadas a fin de evitar un aumento descontrolado de los pasivos de la Sociedad de Garantía de Prestaciones de Jubilación (Pension Benefit Guaranty Corporation) sin financiamiento previsto, con lo cual algunas empresas bien administradas quedarían excluidas de la red de seguros de ese organismo. La conclusión de Shoven y Schieber puede resumirse en la siguiente afirmación: "si la población nacida durante el período de explosión de la natalidad en Estados Unidos alcanza la edad de jubilación sin haber provisto los medios para satisfacer sus necesidades de jubilación, el resto de la sociedad deberá pagar un alto precio en la medida en que las personas de aquel grupo procuren mantener un nivel de consumo que ni siquiera podían permitirse cuando trabajaban".

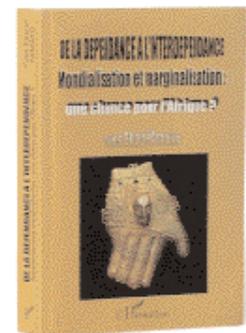
Peter S. Heller

TRAS OBSERVAR que África ha quedado a la zaga en el desarrollo económico, Yves Ekoué Amaïzo (togolés, autor de numerosos estudios sobre la inversión y la competitividad en los países en desarrollo) intenta determinar si es posible un despegue de las economías de la región mediante su integración al proceso de globalización. Analiza en detalle los acuerdos comerciales suscritos entre la Unión Europea y algunos países en desarrollo de África, el Caribe y la región del Pacífico, pasa revista a los factores sociológicos y políticos que influyen en la mayoría de las economías africanas, y examina el nuevo orden mundial caracterizado por la generalización del libre comercio.

El libro representa un esfuerzo digno de elogio y su autor se ha esmerado en documentar sus tesis con abundantes estadísticas y referencias, incluidas algunas publicaciones del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el Banco Mundial y el FMI. Sin embargo, en muchos casos el enfoque no es suficientemente riguroso y no tiene una dirección clara. En el resumen, la introducción y la conclusión del libro se critica severamente la línea de pensamiento dominante del libre mercado y se condena el papel del FMI en la imposición de políticas de ajuste estructural y en el mantenimiento del dominio de los países industriales sobre el mundo en desarrollo. Sin embargo, la mayor parte del libro está dedicada a documentar la necesidad, apremiante, de que África se integre al proceso de globalización. También se destaca un aspecto esencial, a saber, que los acuerdos de comercio regionales deben constituir sólo una medida transitoria en el proceso hacia una mayor

integración en la economía mundial. Al mismo tiempo, sin embargo, el autor parece defender el antiguo sistema de economía dirigida (basado en el control y la planificación estatal de la economía), en el cual el sistema de las Naciones Unidas (probablemente, la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, de la cual es funcionario) tendría a su cargo la tarea de identificar las ventajas comparativas de los países en desarrollo y promover la especialización comercial en colaboración con las empresas privadas.

En resumen, si bien el libro ofrece un análisis estimulante de los problemas económicos con los que se ve confrontada África a fines del siglo XX, el mensaje es poco claro y algo artificial. Su autor habría sido más convincente si hubiera hecho un análisis sistemático de lo que él entiende por "globalización" (con o sin citas) y utilizado un enfoque más estructurado.



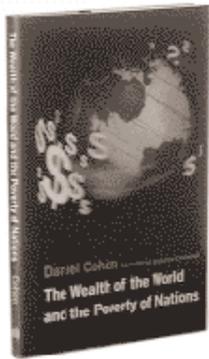
Yves Ekoué Amaïzo

De la dépendance à l'interdépendance

Mondialisation et marginalisation: une chance pour l'Afrique?

L'Harmattan, Paris, 1998, 431 págs., F 240 (rústica).

Philippe Beaugrand



Daniel Cohen (traducido del francés por Jacqueline Lindenfeld)

The Wealth of the World and the Poverty of Nations

MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1998, xii + 136 págs., US\$27,50 (tela).

RESUMIENDO EN EL título la esencia de su vasto ensayo, Daniel Cohen atraviesa las disciplinas económica, sociológica y política en esta interesante reflexión sobre la aparente paradoja del fenómeno económico que se ha denominado mundialización o globalización. “El mundo”, señala Cohen, “se está enriqueciendo a un ritmo hasta ahora desconocido”. No obstante, mientras los países pobres se enriquecen, aprovechando plenamente el acceso a los mercados que ha permitido la globalización, los países ricos parecen estar empobreciéndose. Según el autor, es falsa la idea de que un fenómeno es resultado del otro, es decir, que el comercio que enriquece a los países pobres empobrece a los ricos y que la globalización se produce a expensas de los trabajadores de los países ricos.

Los países ricos, observa Cohen, se han convencido a sí mismos —erróneamente— de que los acosa una amenaza externa y que el remedio consiste en crear barreras para proteger a sus trabajadores. Al mismo tiempo, afirma, la amenaza de competencia internacional está debilitando el Estado benefactor puesto que los gobiernos, preocupados por consolidar los déficit fiscales financiados con recursos externos, no parecen capaces —ni deseosos— de ofrecer protección a la sociedad en su conjunto. Otra idea errónea vinculada a la globalización es que las democracias deben

“internacionalizar” la vida política. Según Cohen, los aspectos sociales y políticos mantienen firmemente su carácter nacional.

De hecho, las naciones ricas atraviesan una crisis, pero la verdadera amenaza es interna. En Europa, la crisis se manifiesta en una alta tasa de desempleo; en Estados Unidos, en las crecientes diferencias salariales y el aumento de los “trabajadores pobres”. No puede culparse de esta crisis a los países que han aprovechado el acceso a los mercados mundiales para financiar su desarrollo. ¿Podemos pensar, se pregunta Cohen, que el comercio con los países pobres sea la causa del empobrecimiento de Occidente cuando este comercio representa menos del 3% de la riqueza producida cada año por los países más ricos?

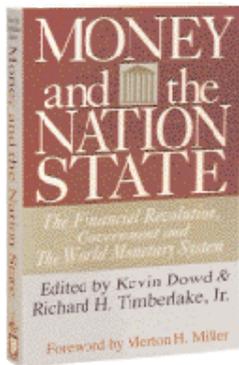
La verdadera causa, señala Cohen, es la creciente segmentación y desigualdad que caracteriza la evolución social, política y económica a fines del siglo XX. La causa fundamental de la crisis laboral en los países ricos es la pronunciada, y quizás irreversible, reducción de la demanda de trabajadores no calificados. Para satisfacer las exigencias en materia de capacidad profesional, capacitación y educación generadas por la revolución de la información —que Cohen denomina “la tercera revolución industrial”— la fuerza laboral ha emprendido una mejora. La globalización es sólo uno de los elementos de la revolución de la información —si bien importante— que premia a los trabajadores altamente calificados y margina a los que no pueden integrarse porque no poseen la capacidad necesaria. Cualesquiera sean los esfuerzos en el terreno educacional a favor de las futuras generaciones, señala Cohen, el destino de los trabajadores poco calificados ya está determinado.

La segmentación de la vida económica se refleja en una perturbación similar en la adopción de políticas a nivel nacional. Actualmente, indica Cohen, la economía keynesiana —que determinó la adopción de políticas en los países ricos tras la segunda guerra mundial— se encuentra en crisis y es “muy tentador”, aunque erróneo, culpar a la globalización por los actuales problemas en este terreno.

El Estado benefactor se ve reemplazado por un Estado abrumado por el endeudamiento. En la mayoría de los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, señala Cohen, el costo de los intereses sobre la deuda pública es el principal componente del gasto del sector público. Los esfuerzos en materia de ajuste fiscal de muchos países no están motivados por el temor a la inflación o el déficit exterior, sino por el riesgo de que la deuda del sector público imponga una carga sobre el ingreso fiscal. Es cierto que, gracias a la globalización, los gobiernos pueden financiar más fácilmente el déficit, lo cual los hace vulnerables con respecto a la situación de los inversionistas externos. No obstante, en los sistemas de seguridad social con régimen de reparto, muy corrientes en la mayoría de los países de Europa, los acreedores y deudores son agentes nacionales: la población que trabaja y la que no trabaja. En este asunto no está presente la “globalización financiera”, y Cohen advierte que es absurdo y demagógico culpar a la globalización por las dificultades que encuentran los países ricos al tratar de resolver los conflictos internos en materia de redistribución. Según el autor, mientras los gobiernos no recuperen el control del gasto público, no serán posibles la reglamentación macroeconómica ni la lucha contra la desigualdad.

Con un dominio impresionante de la teoría y los principios económicos y un estilo preciso y elocuente (realizado por la traducción), Cohen hace un llamamiento estimulante y elegantemente expuesto —y, hay que reconocerlo, fervientemente idealista— a que las democracias reexaminen sus fundamentos políticos. Incluso en un “nuevo contexto mundial de desigualdad”, señala, los gobiernos no deben eludir su misión fundamental de proveer seguridad política y económica de alcance universal (es decir, para todos los ciudadanos). En una era en que “la economía ha dejado de fortalecer los vínculos sociales”, afirma el autor con un optimismo cauteloso, “los países de Occidente comenzarán quizás a actuar nuevamente con una visión política”.

Sara Kane



Kevin Dowd y
Richard Timberlake
(compiladores)

Money and the Nation State

**The Financial Revolution,
Government, and the World
Monetary System**

Transaction Publishers,
New Brunswick, Nueva
Jersey, 1998, viii + 431 págs.,
US\$39,95 (rústica).

ESTE LIBRO, una colección de ensayos sobre los sistemas monetarios y bancarios, se divide en tres secciones: una historia del sistema internacional moderno, el dinero y la banca central en los tiempos modernos, y los fundamentos para la reforma monetaria y bancaria.

De los cinco capítulos históricos, el primero es el más interesante. En él, David Dowd sostiene, convincentemente, que la producción de dinero no es un monopolio natural y que en este terreno los monopolios estatales surgieron por razones de seguridad: los Estados que mantenían su propio monopolio tenían mejores oportunidades de sobrevivir. De hecho, los gobiernos que adquirían buena reputación por la estabilidad de precios en tiempos de paz podían incrementar más fácilmente los recursos provenientes de la emisión de moneda en tiempos de guerra.

En el tercer capítulo, Leland Yeager presenta una visión general del sistema monetario internacional, desde la era del patrón oro y el fracaso del sistema de Bretton Woods hasta la era posterior a Bretton Woods. Termina señalando un aspecto absurdo del actual sistema: la moneda fiduciaria nacional no tiene un valor determinado. Yeager no propone, necesariamente, una vuelta al patrón oro. Lo que propone es una fórmula radical para privatizar el sistema monetario. El gobierno designaría una nueva unidad de cuenta —definida en función de un conjunto de bienes y servicios— que sería suficientemente amplia para que el nivel general de precios cotizados sea más o menos estable, y los bancos privados emitirían pagarés y depósitos disponibles mediante cheque. Sin embargo, no está claro que este sistema pudiera ponerse en funcionamiento con facilidad.

En la segunda parte del libro se abordan algunos problemas actuales. El capítulo 8 reviste particular interés. En él, Alan Reynolds aborda un tema controvertido de manera bastante persuasiva, si bien no enteramente satisfactoria desde el punto de vista metodológico. Basándose en las experiencias de varios países, intenta demostrar que el FMI obliga a los países miembros que solicitan asistencia a adoptar políticas destructivas, alentándolos a aumentar los impuestos y devaluar su moneda, o presionándolos para que lo hagan. A cierto nivel, el razonamiento es válido. Los países donde los impuestos ya son elevados pueden beneficiarse si los reducen pues ello alienta a los contribuyentes a pagarlos, aumentando al mismo tiempo los incentivos para trabajar y producir, lo cual tiene un efecto po-

sitivo sobre el crecimiento del PIB. En lo que respecta a la depreciación de la moneda, Reynolds sostiene que, en muchos casos, agrava la presión inflacionaria, por ejemplo, al incrementar el déficit fiscal.

Es fácil rebatir estos argumentos señalando que no se consideran otras variables que afectan la inflación, el ingreso tributario real, el coeficiente impuestos/PIB y el crecimiento económico. No obstante, si se examinan las razones teóricas para adoptar tasas impositivas bajas y un tipo de cambio nominal estable a la luz de los datos históricos presentados por Reynolds, no es fácil refutar sus conclusiones. Es posible concluir que los países que mejoran la cobertura y gestión tributarias y mantienen tasas impositivas bajas (a veces, reduciéndolas desde un nivel alto) y los países que logran mantener un tipo de cambio nominal estable admisible pueden obtener beneficios netos. No obstante, Reynolds no explica adecuadamente por qué el FMI recomienda a veces un aumento de las tasas impositivas y la devaluación de la moneda. Por lo tanto, su caracterización del “enfoque del FMI” es incompleta.

La tercera parte del libro se centra en temas aún más específicos y posiblemente más controvertidos. Por ejemplo, Lawrence White (en el capítulo 12) da una dimensión internacional a las operaciones bancarias sin restricciones (la libertad de los bancos privados para suministrar dinero, incluido el derecho de acuñar moneda), que se han puesto de actualidad en los últimos años. White propone una liberalización de las operaciones bancarias en el marco de una red de sucursales internacionales, es decir, una integración internacional de bancos no sujetos a restricciones y la ausencia de bancos centrales. El dinero emitido por los bancos sería internacional y los bancos serían multinacionales. Los bancos multinacionales serían responsables de sus propias reservas líquidas y sus actividades estarían restringidas por el riesgo de quiebra. Si todos los países aceptarían una moneda común, el flujo de dinero (incluidos billetes y cheques) entre los países sería parte del proceso de ajuste internacional. Los bancos centrales no perderían sus reservas durante el proceso de ajuste ni tendrían que adoptar medidas discrecionales como, por ejemplo, aumentar las tasas de interés y reducir las importaciones. Según White, en el marco de este sistema las perturbaciones monetarias no tendrían un efecto perjudicial y no harían necesario, indudablemente, el acelerado proceso de destrucción y creación de dinero que tiene lugar en el contexto de los sistemas bancarios nacionales. La aceptación, por parte de los países, de una base monetaria común (por ejemplo, dinero mercancía, como el oro) provista independientemente de consideraciones políticas podría dar origen a una base monetaria internacional común. Sin embargo, White no propone la adopción de ningún sistema particular de base monetaria.

Este libro será una valiosa guía para el lector corriente y los estudiantes que no conocen bien la historia ni los principios de la emisión de dinero y los sistemas bancarios. No obstante, incluso quienes hayan leído profusamente sobre estos temas encontrarán elementos de interés, sobre todo en la introducción y en los capítulos escritos por Glasner, Reynolds y White.

Omotunde E.G. Johnson



Deepak Lal

Unintended Consequences

The Impact of Factor Endowments, Culture, and Politics on Long-Run Economic Performance
MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1998, x + 287 págs., US\$45 (tela).

SI LA ADOPCIÓN de políticas liberales que promuevan el crecimiento económico ha traído claros beneficios para muchos países, ¿por qué no las han adoptado todos los países? ¿A qué se debe que algunos países con abundantes recursos naturales no siempre hayan progresado más rápido que otros con una menor dotación de recursos?

En este libro, basado en una serie de conferencias que dictó en 1995, Deepak Lal analiza la importancia de la dotación de factores (tierra, mano de obra y capital) para explicar cuándo y por qué se produce el crecimiento intensivo, así como la importancia del individualismo en la promoción del crecimiento. El autor examina las repercusiones de estos dos factores a través de la influencia de los países industriales de Occidente en el resto del mundo, con sus innumerables culturas y creencias religiosas.

Lal, profesor de desarrollo internacional en la Universidad de California, hace una distinción entre el crecimiento *smithiano*, basado en la división del trabajo, y lo que denomina el crecimiento *prometeico*, o moderno, basado en la tecnología. A diferencia de muchos autores que han abordado este tema desde una perspectiva occidental limitada, Lal ofrece al lector una obra estimulante y de amplio alcance. El autor examina con igual seguridad la expansión del cristianismo en Europa, las dinastías Han y Sung en China, los califatos Ummaya y Abbasida en el Oriente Medio, y el surgimiento de Japón y los “tigres” de Asia. La lectura no es siempre fácil y su razonamiento es a veces denso, pero el esfuerzo bien vale la pena.

El predominio de Occidente, afirma Lal, tuvo sus orígenes en un conjunto de convicciones basadas en la descentralización política y “el espíritu inquisitivo de los griegos”, que estimuló el surgimiento de una era de crecimiento prometeico. En cambio, en el Islam, durante el período abbasida, y en China, durante la dinastía Sung, el progreso cultural no se tradujo en un crecimiento intensivo debido a la influencia dominante de un clero fuertemente ortodoxo, lo que ha producido inexorablemente espíritus más cerrados.

Según Lal, la iglesia cristiana promovió sin quererlo el individualismo, que es una característica única del sistema de valores de Occidente. Si bien Max Weber, el sociólogo y economista alemán, atribuyó este individualismo al surgimiento del protestantismo, Lal va más atrás en el tiempo, destacando la revolución del papado en el siglo XI, cuando el Papa Gregorio VII declaró la independencia de la Iglesia de Roma. Esto proporcionó la infraestructura institucional para la dinámica económica de Occidente

al establecer los fundamentos del sistema moderno de gobierno y derecho.

Una vez creados, los instrumentos del crecimiento prometeico se difundieron rápidamente por el mundo, incluso en sociedades que no aceptaban los valores que condujeron a su creación. En consecuencia, los fundamentos de la economía de mercado y el derecho comercial —el derecho contractual y las leyes sobre constitución de sociedades— han sido aceptados a nivel mundial. Esta unificación ha tenido lugar a través del comercio y la inversión interregional en una economía globalizada. Además, la competencia entre las regiones por los dos factores de producción de mayor movilidad —el comercio y la inversión— ha empezado a reducir la autoridad del Estado.

La concepción de Lal no es totalmente optimista. El autor advierte sobre los peligros de un individualismo excesivo que, en su opinión, afecta a la sociedad occidental moderna. La decadencia de la religión organizada, señala, ha menoscabado el sentimiento de culpa que constituía el fundamento de la ética personal. El exceso de democratización e individualismo ha debilitado la base jerárquica tradicional de la sociedad, obligando a los ricos a aislarse en comunidades protegidas de tipo medieval, mientras que otros han buscado protección en cultos extraños, que el autor injustamente denomina “ecofundamentalistas”. En su expresión más extrema, afirma, la promoción de los derechos humanos y la democracia por parte de Estados Unidos recuerda demasiado la alianza entre los administradores utilitarios y los misioneros del siglo XIX en África e India, que tenía por objeto salvar almas y, al mismo tiempo, traer prosperidad a los pueblos subyugados.

En conclusión, Lal ve en el mundo no occidental una posibilidad de contrarrestar estos excesos, así como la tendencia de Occidente a contrastar lo “moderno y occidental” con lo “atrasado y tradicional”. Afirma que las nociones de “derechos” e “igualitarismo” no tienen alcance universal y que la democracia no es esencial para el desarrollo. Concibe un futuro en que las sociedades no occidentales utilizarán los medios de Occidente para lograr la prosperidad “sin renunciar a su propio espíritu”.

Esto puede parecer hoy algo injusto para Occidente. Lal dictó sus conferencias cuando el “milagro” de Asia se encontraba aún en pleno apogeo. No es culpa suya si este milagro ha perdido hoy parte de su brillo. Sería interesante conocer su opinión sobre la crisis de Asia en una futura revisión de esta obra, que incita a la reflexión.

Ian S. McDonald

PARA EXPLICAR el fracaso de la reforma en Rusia, los economistas y representantes de círculos académicos tratarán de obtener descripciones completas y detalladas de los siete años de reformas. Bien podrían recurrir a este oportuno libro de Rose Brady, ex Jefa de la Oficina de *Business Week* en Moscú. Deberán considerar, sin embargo, la advertencia de la autora: "si el periodismo es un esbozo preliminar de la historia, este libro representa tal vez un esfuerzo por preparar un segundo esbozo".

Indudablemente, este libro va más allá del periodismo. Se basa principalmente en informes directos y contemporáneos de lo ocurrido en Rusia en los primeros años de la reforma, además de numerosas entrevistas a gente común, reformadores, políticos y empresarios. El material se organiza en siete capítulos, en los que se examinan, en un orden más o menos cronológico, los triunfos y derrotas del proceso de reforma en el período comprendido entre fines de 1991 y fines de 1997; en forma de *post scriptum*, se presentan las reflexiones de la autora sobre la crisis de agosto de 1998. También se señalan las etapas cruciales y los principales errores cometidos durante la reforma. Además, la descripción se ameniza con citas de los protagonistas, que actuaban en la cúpula misma del poder, y de los actores menores, que reaccionaban ante la actuación de los primeros.

La presentación de una amplia gama de opiniones es el objetivo de la autora y una de las principales virtudes del libro. Al mismo tiempo, Brady advierte que esas opiniones podrían diferir considerablemente de las opiniones de un economista o un historiador. De hecho, el lector advertirá que, en muchos casos, los sucesos se describen de manera demasiado general y que falta un análisis más detallado, quedando gran parte de la tarea en manos de los economistas e historiadores. No obstante, el libro nos orienta sobre las causas del fracaso de las reformas: la

falta de consenso político, el efecto destructivo de la oposición parlamentaria, los fatídicos compromisos y vacilaciones del Presidente y los principales reformadores, la fragilidad del gobierno central, el hecho de que no se haya reestructurado el sector industrial, y la corrupción y anarquía generalizadas. Estos factores terminaron por producir una situación crítica. En efecto, explica Brady, dada la incapacidad de los reformadores para obligar a las empresas y los ciudadanos rusos a pagar sus impuestos, el Gobierno no tuvo más opción que seguir obteniendo créditos para equilibrar el presupuesto. Rusia, al sobrepasar los límites de sus propios medios, se había cavado un hoyo financiero, cuyas paredes se derrumbaron en agosto de 1998.

El libro destaca la importancia de las condiciones iniciales para la reforma económica, la dificultad de efectuar reformas institucionales con rapidez y el peligro de exagerar los beneficios de las políticas. Como señala la autora, en octubre de 1991, "Yeltsin cometió un grave error al prometer que, tras un difícil período de transición de seis meses, el nivel de vida de los rusos mejoraría. El pronóstico fue erróneo. El proceso de reforma demostró ser mucho más arduo y prolongado de lo que habían previsto Yeltsin y los encargados de la reforma".

Jorge Márquez-Ruarte



Rose Brady

Kapitalizm

Russia's Struggle to Free Its Economy

Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1999, xv + 289 págs., US\$30 (tela).



REUNIONES ANUALES de 1999

del Grupo del Banco Mundial y del
Fondo Monetario Internacional

Programa de seminarios

Del sábado 25 de septiembre al martes 29 de septiembre
Hotel Marriott Wardman Park
Washington

Para mayor información, sírvase dirigirse a:
1999 Annual Meetings ■ Program of Seminars
IMF—World Bank Group
Washington, D.C., 20431, EE.UU.

Teléfono: [1] (202) 473-3394 ■ Fax [1] (202) 623-4100
Correo electrónico: seminars@worldbank.org
Sitio en Internet: www.worldbank.org/html/extldr/pos

EL PROGRAMA:

- **Cuándo** — Con ocasión de las Reuniones Anuales de las Juntas de Gobernadores del Grupo del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.
- **Qué es** — Un foro en el que los representantes del sector privado pueden dialogar con los delegados de los países, altos funcionarios del Grupo del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, y representantes de las organizaciones no gubernamentales.
- **Objetivo** — Promover la acción conjunta y el intercambio de información.
- **Participantes** — 3.000 representantes de los gobiernos, del sector privado y de otras entidades no gubernamentales.